

**Rebeca Hernández, Traducción y postcolonialismo. Procesos culturales y lingüísticos en la narrativa postcolonial de lengua portuguesa, Granada, Comares, 2007, 216 pp.**

**Oscar DIAZ FOUCES**  
*Universidade de Vigo*

La actual exigüedad territorial de Portugal oculta un pasado mucho más esplendoroso, en el que las extensas y fecundas *provincias de ultramar* eran prueba fehaciente de una empeñada actividad colonial que se extinguiría con el siglo XX. Como suele ocurrir, esa clausura no obedeció únicamente al hartazgo de buena parte de la ciudadanía de la metrópoli (aunque existiese, como atestiguaron los sucesos del 25 de abril de 1974), sino también a la empecinada resistencia que opusieron los pueblos colonizados. Su autodefensa, además de en las armas, encontró foros de expresión adecuados en las letras, durante y después del período de opresión, utilizando como vehículo la propia lengua de los colonizadores. No parece nada sorprendente que la situación descrita admita alguna aproximación desde el enfoque de los estudios postcoloniales, como en este caso ocurre.

En el trabajo que reseñamos, Rebeca Hernández utiliza como herramientas el concepto de *tercer espacio* postulado por Homi K. Bhabha (capítulo 1) y el de *espacio integrado* (*blended space*) de Gilles Fauconnier y Mark Turner, al que pone en relación con el anterior (capítulo 2), aderezando el conjunto con algunas interesantes incursiones en la obra del sociólogo Boaventura de Sousa Santos. Apertrechada con ese bagaje nuclear y con un buen arsenal de recursos teóricos adicionales, también del ámbito de la Traductología (capítulo 3), analiza dos obras representativas de la literatura postcolonial en lengua portuguesa (capítulo 4), asumiendo que es en sí misma una forma de traducción: *Matámos o Cão-Tinroso*, del mozambiqueño Luís Bernardo Honwana y *Autópsia de um Mar de Ruínas*, de João de Melo, natural de Portugal y participante directo –como combatiente– en las guerras coloniales. Dado que se trata de dos escritores traducidos por la autora y considerando que las referencias teóricas que citamos ya han sido frecuentadas por la profesora Hernández en otros trabajos previos, podemos concluir que este volumen no es una investigación *ex nihilo*, sino que, sin duda, ha sido urdido con materiales bien conocidos.

El primero de ellos, la categoría de *tercer espacio*, se nos presenta como el lugar (*los lugares*, en realidad) de hibridación entre la lengua y la cultura coloniales y la lengua y la cultura dominantes. Como es práctica común en la producción teórica de inspiración postestructuralista, Bhabha parte del rechazo a la simplificación de las explicaciones del mundo en términos duales, entendidas como instrumento para legitimar diversas formas de opresión: el patriarcado, la homofobia o, claro está, el colonialismo. Superando las oposiciones binarias en que se basaría el pensamiento occidental (hombre/mujer, colonizador/colonizado...), el tercer espacio debería

entenderse como el lugar intersticial, propio de la hibridación, el mismo en el que se gestan los criollos. No podemos dejar de apuntar, antes de continuar, que la propia autora del libro afirma ser consciente de las limitaciones y de las contradicciones de la etiqueta *postestructuralista* y del aparato teórico que representa. Sin entrar a criticar ahora a las aproximaciones postcoloniales en su conjunto (ni es este el lugar adecuado ni es tampoco nuestro propósito), conviene no perder de vista que el paraguas del relativismo postestructuralista/postmodernista ha albergado no poco diletantismo y una buena dosis de imposturas intelectuales, sin que sea necesario volver a traer a colación las denuncias de Alan Sokal. De hecho, la autora documenta con cuidado diversas fuentes para posibles críticas en una extensa nota (n. 3, pp. 11-12), que seguramente delata su propio interés por el asunto y que nos hubiera apetecido ver desarrollada por extenso y transformada en un epígrafe, puede que incluso en un capítulo autónomo.

En los términos del análisis postcolonial, la lengua dominante arrastra consigo todo el aparato simbólico de la cultura colonial, incluso aquellos elementos que no tienen su correlato en la cultura subordinada, pero el uso que los pueblos colonizados hacen de esa misma lengua, contamina recíprocamente con sus propias estructuras, significados y visión del mundo a la lengua-cultura dominante. En realidad, la resistencia a la ocupación siempre fue consciente de la importancia de la cultura-arma, como atestiguan diversas declaraciones de líderes independentistas de los países colonizados por Portugal, como Amílcar Cabral, Eduardo Mondlane o Agostinho Neto, que recoge y comenta la autora (cfr. 1.2.1). En la creación literaria, una expresión típica de esa actitud de resistencia es la incrustación (más que inserción) de elementos africanos en su discurso narrativo y poético, por parte de los escritores africanos en lengua portuguesa. Esa circunstancia convierte su trabajo en una literatura “de digestión complicada” que fuerza a quien la lee a ser consciente de la presencia de la cultura colonizada, que se filtra especialmente en el léxico, pero también en la morfosintaxis y en la pragmática, como trazos de color sobre el fondo homogéneo de la lengua colonial que construyen, efectivamente, un tejido nuevo y distinto: el *tercer espacio* híbrido. De ello se da buena cuenta en un epígrafe completo del libro (cfr. 1.2.2), con profusión de ejemplos de textos de autores africanos como Albino Magaia, Mia Couto, Uanhenga Xitu, James Pinto Bull o el portugués Luandino Vieira, antiguo militante de la guerrilla independentista del *Movimento Popular de Libertação de Angola*.

El segundo capítulo del libro se propone una meta ciertamente sugerente: poner en relación el concepto postcolonial de *tercer espacio* con la reflexión sobre las estructuras mentales en que se organiza la cognición humana. En efecto, resulta muy atractivo asociar los espacios híbridos que resultan del choque lingüístico y cultural con la génesis correlativa de nuevas estructuras cognitivas capaces de albergarlos y hasta de explicarlos (cfr. 2.2). Es inevitable para cualquiera que se haya asomado previamente al estudio de la cognición humana asociar esta propuesta con los *modelos mentales* de Philip Johnson-Laird (a quien se alude, con alguna observación quizás no muy feliz, en una nota a pie de página, la número 1), con los simples pero eficaces *schemata* de sir Frederic Bartlett, con los *mundos posibles* que interesan a la Filosofía, o, efectivamente -como hace la autora- con los *espacios (mentales) integrados* de Gilles Fauconnier e incluso con las proyecciones conceptuales de la teoría de la metáfora de Lakoff y Johnson. De hecho, como recuerda Hernández (p. 80), Fauconnier y Turner parten precisamente de una revisión de la teoría de la metáfora para postular la existencia de un *espacio integrado (blended space)* como eje de la cognición humana, un modelo que resulta de la integración conceptual de diversos espacios mentales, con carácter universal y no limitado a los fenómenos lingüísticos (en realidad, sería previo a ellos): como se apunta, no es nada descabellado postular que, en el caso de la literatura postcolonial africana en

lengua portuguesa, el *tercer espacio* es, en términos cognitivos, aquel que resulta de la integración de dos *dominios* (y no de simples espacios mentales, como se sugiere y argumenta en la p. 85), el dominio colonizador y el dominio colonizado. Como tal, impregna todas las operaciones cognitivas (es previo a ellas) y no sólo las estrictamente lingüísticas. En el resto del capítulo (2.2.2 y 2.2.3) se nos muestran interesantes ejemplos de integración (*blending*) en la literatura postcolonial. Tanto si éstos resultan discutibles como si no, no hay duda de que la voluntad de dotar de entidad cognitiva a la metáfora postcolonial del tercer espacio y de argumentarlo con rigor a partir de la producción de autores situados en una órbita epistemológica ciertamente distante resulta digno de encomio, por lo que tiene de huída de las explicaciones *débiles*, por desgracia nada infrecuentes en este campo.

El tercer capítulo parte del concepto de (*trabajo de*) *traducción* manejado por Boaventura de Sousa Santos, como alternativa a la teoría política occidental, liberal o marxista. Se trata de una metáfora de la voluntad de hacer mutuamente inteligibles las experiencias del mundo, reales y posibles, sin que ello implique la pérdida de la identidad de los agentes implicados. También en este caso, como es obvio, la órbita epistemológica de la que procede esta importación conceptual *parece* alejada de los estudios postcoloniales (Santos perfila el concepto, entre otros, en un artículo de 2005, sobre el futuro del Foro Social Mundial). La profesora Hernández argumenta una vez más la pertinencia de su selección, poniendo en relación esa perspectiva con un buen número de trabajos del ámbito traductológico, de autores como Dora Sales, Gayatri Spivak, o Sherry Simon. A lo largo de esta porción de libro se insiste en el hecho de que la traducción es también una operación entre culturas (que tiene una dimensión antropológica, por lo tanto), y no exclusivamente entre lenguas, para argumentar que, a fin de cuentas, la propia literatura postcolonial, como operación transcultural, es también una forma de traducción. Se nos advierte, por cierto, de la diferencia entre el multiculturalismo conservador y paternal (que las culturas occidentales “estarían ansiosas” por ejercer) y un multiculturalismo emancipador. Utilizando diestramente los referentes teóricos y jugando con las etiquetas y los conceptos, el primero se asimila con lo que Sousa Santos califica de *canibalización* cultural por parte de la cultura dominante, de negación de la diferencia a través de la homogeneización, mientras que el segundo se ejemplifica con el sentido que recibe en la reflexión traductológica de los brasileños Haroldo y Augusto de Campos, que se refieren precisamente a la *traducción canibalizante*, que genera una nueva identidad estética, sin negar las culturas de origen.

El cuarto capítulo, que precede a una breve síntesis global en la forma de conclusiones, se asoma a las dos obras a las que nos referimos en el primer párrafo, como un *case study* más específico. No deja de ser significativa la elección de un escritor africano, Honwana, cultivador de algo que puede reconocerse sin duda como portugués estándar (p. 144) y de otro escritor, João de Melo, que aunque portugués puede ser calificado de “habitante del tercer espacio” (p. 170) por su comprometida experiencia africana. En ambos casos se procede a una contextualización sociopolítica de sus obras y a un análisis de las mismas, movilizando las herramientas teóricas adecuadas, en su dimensión de literatura postcolonial. No podemos por menos que reconocer que, aunque a lo largo de las páginas vayan apareciendo algunas referencias a la traducción de esas y otras obras para otras lenguas (a la *traducción interlingüística*), lo cierto es que hubiéramos agradecido una mayor dedicación a este asunto, más aún conociendo la experiencia de la autora.

Como el lector de esta reseña habrá podido intuir, nos encontramos ante un libro denso, un trabajo rico que pretende generar un espacio epistemológico original (y eso es un gran mérito), combinando elementos de los estudios postcoloniales y la Traductología (bastantes más de los que aquí hemos citado), con otros paisajes intelectuales más o menos próximos, como la ciencia

cognitiva o el trabajo comprometido de un sociólogo portugués de referencia. Sin duda, este volumen es en sí mismo un intento destacable de generar, precisamente, un *tercer espacio integrado* que se nutre de diversos orígenes disciplinares, y que permite una aproximación cargada de sentido(s) a la literatura postcolonial, en este caso la africana de expresión portuguesa. Quizás sea en ese mismo marco complejo, poliédrico y naturalmente híbrido en el que se puedan aventurar respuestas convincentes para las preguntas –más o menos inocentes, pero siempre inevitables– que surgen al reflexionar sobre este tipo de temas, varias de ellas insinuadas en el texto, especialmente las conclusiones: ¿para quiénes están escritas *ahora* esas literaturas, en países cuyas tasas de analfabetismo alcanzan porcentajes disparatados, y con poblaciones que tienen como primera lengua al umbundu, el mbunda, el kikongo, el lomwe, el tsonga...? ¿quiénes las escriben y a quiénes representan? ¿quiénes son sus lectores? ¿pueden ser consideradas unas auténticas *literaturas nacionales*? Los libros interesantes consiguen apuntar explicaciones al mismo tiempo que levantan nuevos interrogantes que estimulan la curiosidad intelectual y que animan nuevas investigaciones. Son, en ese sentido, lecturas *fecundas*. La de este libro, sin duda, lo es.